

La educación, una invitación al encuentro. Reflexiones para docentes del siglo XXI

Mgtr. Gabriel Carlos Caldarola (UCA – UCALP)

*«Toda vida verdadera es encuentro»
Martín Buber*

Resumen

El presente trabajo surge del interés por reflexionar sobre conceptos fundamentales que ofrece la pedagogía desde una perspectiva que ubica al hombre como centro de todo proceso educativo. Nuestro punto de partida es establecer la relación entre un concepto de *hombre* desde una postura antropológico-humanista y la noción de *educación*. Estos elementos permitirán el desarrollo de algunas líneas de análisis sobre una «pedagogía del encuentro».

El hombre es un ser de encuentro. Él es un elemento vital para el desarrollo humano y centro de todo proceso formativo. Ofrece un dinamismo para el desarrollo personal y social, que siempre genera una respuesta. Entendemos que el hombre en toda su vida está llamado a una enorme cantidad de encuentros en los cuales actualiza sus potencias y encarna los valores a los que decide adherir.

Nuestro propósito en este trabajo consiste en reflexionar sobre la pedagogía del encuentro, específicamente en tres ámbitos propios de la educación: el encuentro con uno mismo, con los demás y con el conocimiento.

Palabras claves: pedagogía, educación; autoeducación; reflexión; conocimiento; sociabilidad; diálogo.

Abstract

This work arises from the interest in reflecting on the fundamental concepts offered by pedagogy from a perspective that places man as the center of the entire educational process. Our starting point is to establish the relationship between a concept of man from a humanist anthropological position and education. These elements will allow the development of some lines of analysis on a “pedagogy of the encounter”.

Man is a being of encounter. He is a vital element for human development and the center of all training processes. It offers a dynamism for personal and social development, which always generates a response. We understand that man throughout his life is called to an enormous number of encounters in which he updates his powers and embodies the values to which he decides to adhere.

Our purpose in this work is to reflect on the pedagogy of the encounter, specifically in three areas of education: the encounter with oneself, with others and with knowledge.

Keywords: pedagogy; education; self-education; reflection; knowledge; sociability; dialogue.

Introducción

El presente trabajo surge del interés por reflexionar sobre conceptos fundamentales que ofrece la pedagogía desde una perspectiva que ubica al hombre como centro de todo proceso educativo. Nuestro punto de partida es establecer la relación entre un concepto de *hombre* desde una postura antropológica humanista y la noción de *educación*. Estos elementos permitirán el desarrollo de algunas líneas de análisis sobre una «pedagogía del encuentro».

Desde nuestra cosmovisión asumimos la postura antropológica que reconoce al hombre como una unión substancial de cuerpo y espíritu con potencias para desarrollar y alcanzar libremente su propio fin. Además, definimos al encuentro como un proceso permanente en la vida de las personas que necesitan apertura y diálogo, y que culmina en el encuentro personal con Dios Padre.

El hombre es un ser de encuentro. El encuentro es un elemento vital para el desarrollo humano y centro de todo proceso formativo. Ofrece un dinamismo para el desarrollo personal y social que siempre genera una respuesta. Encontrarse implica crear un modo de unidad altamente valioso. «No es tangencial o superficial ni un

choque, es una experiencia que permite un diálogo auténtico que da sentido a su existencia» (López Quintás, 1996, p. 44)

Entendemos que el hombre en toda su vida está llamado a una enorme cantidad de encuentros en los cuales actualiza sus potencias y encarna los valores a los que decide adherir. Estos ámbitos relacionales los podemos ordenar según las palabras de Martín Buber en tres: «Su relación con el mundo y las cosas, su relación con los hombres, y su relación con el misterio del ser, que penetra en aquellas otras relaciones pero que las trasciende infinitamente, misterio que el filósofo denomina Absoluto y el creyente Dios». (Buber, 2000, p. 107) Hablar de encuentro es hacer referencia a una acción esencial del hombre que posibilita establecer un vínculo con algo o alguien distinto de sí mismo a través de la capacidad de diálogo que posee.

El Papa Francisco ayuda a tomar postura y establece la finalidad de la educación desde una pedagogía del encuentro.

Poner en el centro de todo proceso educativo formal e informal a la persona, su valor, su dignidad, para hacer sobresalir su propia especificidad, su belleza, su singularidad y, al mismo tiempo, su capacidad de relacionarse con los demás y con la realidad que la rodea, rechazando esos estilos de vida que favorecen la difusión de la cultura del descarte. (Francisco I, 2020)

Nuestro propósito en este trabajo consiste en reflexionar sobre la pedagogía del encuentro, específicamente en tres ámbitos propios de la educación: el encuentro con uno mismo, con los demás y con el conocimiento.

Una aproximación al concepto de *educación*

Consideramos, en primera instancia, a la educación como un encuentro cuando una persona invita a otra a iniciar o continuar una mejora. En realidad, es uno mismo el que se educa con la ayuda de otro. La educación busca un crecimiento personal siempre en dirección a un progreso, con acuerdo a sus posibilidades, atendiendo su cultura y su propia finalidad. Aprender a ser persona involucra el desarrollo de las potencias humanas para que pueda descubrir la verdad, el bien y la belleza, puntos de referencia indispensables para el desarrollo personal y social.

Educar implica hacer posible que la persona gesticule una estructura de hábitos formales y materiales, en el orden intelectual, afectivo y volitivo, acordes, por una parte, con el

orden recto de su naturaleza y de la realidad natural y sobrenatural, y, por otra, con sus propias características singulares. (Vázquez, 1979)

La centralidad de la persona en educación invita a recorrer un camino para el perfeccionamiento de la libertad y del amor, como factor dinamizador de la personalidad. La libertad es una invitación a elegir, optar, tomar una decisión de acuerdo con la misma naturaleza humana. El amor es dar vida, ayuda real a otro que necesita algo de mí. Pero este amor es exigente y libre, nos pide, como docentes, trabajar con los mejores recursos disponibles, comenzando con los que encontramos en nuestros corazones. Por lo tanto, aceptamos que toda ayuda intencionada en este ámbito de formación se debe basar en el amor; si no es así, quedaría reducida a un adiestramiento humano. Entonces, «creemos que la educación es una de las formas más efectivas de humanizar el mundo y la historia. La educación es ante todo una cuestión de amor y responsabilidad que se transmite en el tiempo de generación en generación» (Francisco I, 2020).

Formar a la persona implica atender el crecimiento de todas las capacidades humanas para alcanzar una educación integral. «Por eso se dice que la educación se dirige hacia el perfeccionamiento integral de la persona, no debiéndose descuidar ninguna de sus capacidades integrantes: cognitivas, morales, afectivas, éticas, estéticas, sociales, etc.» (Del Pozo Andrés, 2004, p. 38). Esta propuesta muy relevante de María del Mar Del Pozo Andrés, también presente en todos los diseños curriculares vigentes, lamentablemente, no se observa en muchas aulas.

Por otra parte, actualmente la educación auténtica permite comprender la doble dimensión que reúne la acción de educar. Por un lado, hallamos la externa, que hace referencia a la actividad deliberada e intencionada realizada por el educador. Por otro lado, esta acción externa del educador necesita indispensablemente la participación consciente del estudiante, es decir, el propio sujeto asume de alguna manera el desarrollo de sus potencialidades. La educación «exige una influencia, que solo puede llevar a cabo el propio sujeto que se educa. Las dos convergen en guiar a cada individuo en su proceso de convertirse en persona» (García Arieto, 2009, p. 32). De este modo, en nuestros días, no se comprende en profundidad el concepto de *educación* si no se tiene en cuenta las dos dimensiones mencionadas, fuertemente interrelacionadas, pero cuidando cada vez más la acción propia del estudiante.

Ante este planteo surge la necesidad de reflexionar sobre la educación como autoeducación. A fin de cuentas, cada persona se educa o toma la decisión de educarse, por más que siempre esté presente el estímulo externo. Este es el punto de partida para realizar un proceso de conocimiento interior y llegar a conocerse uno mismo.

Por otra parte, el doctor Pedro Barcia sostiene que la educación siempre debe provocar un cambio, si no es así, la educación pierde sentido.

El verdadero nombre de la educación es cambio. Todo acto educativo se propone un cambio; si no, no lo es. De la ignorancia al conocimiento, de la inhabilidad a la destreza, de la desubicación a la contextación, de la desvirtuación hacia la autenticidad, del disvalor al valor, del caos al cosmos, de la potencia al acto y parecidamente. (Barcia, 1997, p. 9)

Además, el cambio en todo proceso educativo necesita que se desenvuelva en un contexto social concreto, en donde vive el estudiante. Los docentes no pueden omitir conocer ese contexto de la mejor manera posible. En el siglo XXI es prioritario para todos los educadores que asumamos el compromiso firme de ser protagonistas de los cambios en educación que las nuevas generaciones requieren.

El ser humano es el punto de partida y la razón de la educación. Por lo tanto, acercarnos lo más posible a la realidad de la existencia humana es fundamental para poder educar, no buscando dogmatizar, sino comprender a partir de la experiencia. (Martínez, 2024, p. 29)

Es imposible llevar adelante un proceso educativo sin reflexionar sobre la realidad en que se está trabajando para establecer el punto de partida de nuestro hacer y tomar las decisiones adecuadas para la mejora. Así se establecen los cambios auténticos.

Entender la necesidad de superarse constantemente habla de cambios e implica observar la realidad en que se encuentran los estudiantes. Y, por lo tanto, siempre debe existir una relación con las características y necesidades de la sociedad para atender una nueva educación adecuada a las nuevas generaciones. Todo proceso educativo está en permanente dinamismo con momentos de reflexión y acción, que busca un equilibrio entre el desarrollo de actitudes con la integración a la comunidad que pertenece.

Entonces, reconocemos a la educación como una invitación a alguien para que participe de algún acto o acontecimiento. Para que se logre esta invitación es imperioso entender a la libertad como el punto de partida de todo proceso de crecimiento personal. La libertad permite lograr el desarrollo potencial ordenando su vida a los valores que encarne, o sea, siempre debe buscar el bien y la verdad.

Cuando se habla de cambio es importante determinar que no todo es necesario cambiar. Cuidar la permanencia de los elementos que no deberían modificarse para brindar una colaboración concreta y adecuada para que la persona se desarrolle. El docente prioriza lo esencial¹ para que permanezca presente.

La noción de cambio es relativa. Surge de la comparación de dos estados distintos de una misma realidad. En todo lo que cambia hay algo que permanece y algo que pasa. [...] La noción de cambio exige su correlato de permanencia. (García Hoz, 1987, p. 14)

Por otra parte, el conocimiento siempre debe estar presente en todo proceso educativo; no se puede hablar seriamente sobre educación si no se coloca en un lugar destacado al conocimiento. Invitar a una persona a elaborar un nuevo conocimiento estimula el desarrollo de sus potencias.

Para concluir esta aproximación afirmamos que la educación es la mejor manera para que el ser humano alcance su máximo potencial para ser un ser consciente, libre y responsable. Siempre con el pensamiento en las futuras generaciones, es decir, en la humanidad, y que tiene muy arraigado el sentido de esperanza que invita a participar.

Necesidad de una definición antropológica

Para plantear el análisis del concepto de *educación* como un encuentro personal se debe partir de una noción clara de *hombre*, que exprese el fundamento antropológico al cual se adhiere. Partir de un posicionamiento firme contribuye a que el educador ayude al educando a lograr su plenitud. «Al hablar de educación abordamos de forma inevitable al ser humano. Reflexionar sobre educación y no referirnos a la persona es algo imposible, ya que es algo propio y exclusivo de la naturaleza humana» (García Arieto, 2009, p. 20).

La acción educativa se inicia desde una ordenada concepción de hombre que se transforma en el núcleo esencial de toda la actividad educadora; por lo tanto, ante la pregunta: ¿qué es la educación?, es indispensable que se responda primero otro interrogante fundamental: ¿qué es el hombre? Es decir, en el sentido más amplio del término, educación nos hace asumir una postura antropológica determinada para adecuar contenidos, acciones y fines de la misma.

1 Aquello que constituye la naturaleza de las cosas, lo permanente e invariable de ellas. Lo más importante y característico de una cosa.

... tenemos que intentar precisar y comprender al hombre, actor y agente de la educación. De hecho, en toda propuesta educativa subyace un modelo antropológico, un modo de atender y entender al ser humano que condicionará, después, el sentido de la educación y de todas las propuestas de intervención que se desprendan de ella. La educación necesita una imagen del hombre, ya que sin ella sería imposible proyectar su actividad. (García Arieto, 2009, p. 21)

Esta idea orienta el trabajo de docente, porque supera los modelos educativos que se centran en la mera transmisión de contenidos. Su verdadera finalidad se encuentra en la formación de la persona. Entonces, todos los profesionales de la educación tenemos que realizar un profundo estudio y una auténtica reflexión para tener una respuesta concreta a la pregunta: ¿qué es el hombre?

Desde nuestro posicionamiento, pensamos al hombre como un ser corpóreo-espiritual, es decir, es unión substancial. Esta unidad entre materia y espíritu ayuda a comprenderlo como una síntesis de la creación entera realizada por Dios. De esta manera, únicamente en Él se puede observar una unidad tan profunda como misteriosa, que admite entenderlo como un microcosmos. Conviene poner el acento en que el «alma racional» es el principio vital de naturaleza espiritual que anima, da forma y unifica el cuerpo orgánico que está vivo. Este hombre es un ser potencial que se desarrolla como tal y alcanzar su plenitud. El hombre ha sido creado por Dios como unidad de alma de cuerpo. El alma espiritual e inmortal es el principio de unidad del ser humano, es aquello por lo cual este existe como un todo en cuanto persona. Los hombres somos una verdadera unidad, si bien tenemos dimensiones, esta unidad se experimenta en nuestro existir. La reflexión que aporta el Lic. Pablo Martínez nos ayuda a comprender al hombre como una unidad o más bien como una totalidad.

La hipótesis es que el ser humano es unidad, una totalidad inescindible, con dimensiones que no son partes.

Veamos esta realidad, que debería ser obvia, pero no lo es: Somos como personas una UNIDAD, durante una eternidad se habló de cuerpo y alma, pero enfocados como parte y no como unidad. Sí podemos encontrar dimensiones, pero de esa unidad.

Esto no es una mera teoría, lo experimentamos en nuestro existir. No conocemos solo con la razón o con la inteligencia o los sentidos o los afectos, todo entra en juego en cada acto humano, de tal forma que cuando tratamos de conocer algo de forma abstracta se nos complica y cuando la afectividad está separada del acto cognitivo, se nos complica también. (Martínez, 2024, p. 30)

La educación tiene por finalidad un servicio al hombre para que se convierta en su ser pleno, teniendo en cuenta toda su naturaleza y que alcance la trascendencia con el desarrollo de sus potencias naturales. «El objetivo de toda educación es el de humanizar y personalizar al hombre, sin desviarlo, antes bien, orientándolo eficazmente hacia su fin último que trasciende la finitud esencial del hombre» (Equipo de Formación Docente Salesiano, 1995, p. 3). Este proceso, que siempre es una mejora de la persona, no educa a toda la humanidad, sino a cada persona. Cuando no se respeta el desarrollo personal de alguno de los dones esenciales del ser humano (libertad, amor), no se atiende la formación integral de la persona. Con estas palabras no deseamos desmerecer la dimensión social de la educación, concepto que también desarrollaremos más adelante en este trabajo.

Como síntesis, cuando los educadores ayudamos a nuestros estudiantes a crecer, no podemos olvidar que nuestras propuestas pedagógica-didácticas deben partir del conocimiento cierto del nivel potencial de cada estudiante, no alcanza con conocer cuántos saberes poseen. Así, se impone la necesidad de cada docente de estar al tanto del desarrollo de las capacidades de cada estudiante, como también sus intereses aspiraciones y valores. Desde este punto de partida el educador analizará, reflexionará y tomará las mejores decisiones para invitar a cada estudiante a crecer buscando el bien, la verdad y la belleza.

El encuentro con uno mismo

Para considerar a la educación como una invitación al encuentro con uno mismo partiremos del concepto de asumir al hombre como un ser único e irrepetible. Para ir más allá del significado de individuo que supere la idea de pertenecer a una especie, es fundamental que cada hombre se encuentre con su interioridad por medio del camino de autoconocimiento que le permita forjar su propio proyecto de vida. «Es la unidad de cada ser humano que tiene capacidad de respuesta totalmente original, propia, única. Como persona el hombre es interioridad (yo sujeto y fuente de actividades responsables): con capacidad de autoconciencia y autodeterminación» (Noro, 2005, p. 146).

El hombre es un ser libre e indeterminado que tiene durante toda la vida la posibilidad de desarrollar sus capacidades, convirtiéndose en un ser abierto al mundo que lo rodea. Además, su obrar está dirigido a configurarse como tal, y para lograrlo cada hombre debe descubrir el sentido potencial de su vida. «... la imagen del hombre no puede considerarse cabal si no conlleva el sentido de la vida, el porqué y el para qué del existir» (Equipo Episcopal de Educación Católica, 1985, N.º 9). Ante estas palabras de nuestros obispos es fundamental que cada persona descubra el sentido de

la vida. Es lo que hace posible que la propia existencia pueda orientarse hacia un determinado fin valioso, que con fortaleza podrá vencer las dificultades y los obstáculos que se le presenten. Así se fundamenta la elección de valores objetivos para que en su vida se puedan plasmar y tener una existencia auténticamente humana.

En este mismo sentido la educación es un camino de perfección para toda la vida. «Es que la vida o se vive como impulso de perfección o no tiene sentido. Por otro parte, la educación se puede ver como descubrimiento de la senda de perfeccionamiento y refuerzo del impulso para seguirla» (García Hoz, 1987, p. 12). Así afirmamos que la autoeducación es aceptar la perfectibilidad como una actividad profundamente humana porque tiene en cuenta el deseo de cada hombre de crecer, de saber y, especialmente, de poder mejorar. Este es el mejor camino para que el hombre se encuentre y asuma su propio proyecto de vida.

- **Libertad, proyecto de vida y autoeducación**

La educación siempre supone un hombre libre, que desea transformarse porque madura y se hace más responsable. La educación de cada ser humano se puede sintetizar en el desarrollo de la libertad y el amor. Son las dos notas más distintivas de la persona humana que les permite alcanzar su proyecto de vida es decir su bien.

El tipo de hombre que la educación desea formar es un hombre que reconoce lo humano que opta por la libertad para orientar su vida, y asume como referencia la vida para marcar los límites debidos de la libertad. La educación es la sistemática culminación del proceso de socialización: nadie es sujeto entre sujetos; el sentido de la vida humana no deviene de un monólogo, sino que proviene del intercambio de sentidos. (Noro, 2005, p. 157)

La libertad es una cuestión fundamental en todo proceso educativo, porque sin ella no es posible la educación. Si hoy se presenta confusa es a causa de la poca atención que se le brinda a la presentación de opciones. La libertad se comprende en su profundidad cuando se asume como un don gratuito y como una tarea a realizar siempre en busca de un bien.

La libertad hace al hombre dueños de los propios actos. Siempre exige un esfuerzo para conocer y querer objetos de la realidad. El primer esfuerzo es conocer y aceptar lo que significa ser hombre y tomar conciencia de que la vida le ha sido dada. El otro gran esfuerzo es la lucha diaria por vivir la propia vida, por alcanzar una existencia en

la que se autorrealice, siendo competente² de llevar a la práctica sus deseos. El ejercicio de ambos se llama *libertad de elección*.

El hombre, gracias a su realidad espiritual, alcanza el modo más acabado de la immanencia, ya que está dotado de inteligencia para reconocerse y asumirse. Es decir, es dueño de sí mismo, consciente y responsable de sus actos. Por eso su individualidad es tan fuerte y acentuada, de modo tal que no hay dos personas iguales: cada una es única e irrepetible. El autodomínio hace al hombre capaz de mandar sobre sí mismo, facilitando la actualización de sus potencias y un vínculo con su cultura. Este autodomínio se relaciona con la *superación de limitaciones*, tales como la pasividad, la ignorancia y el egoísmo.

- **Las intervenciones docentes**

Los docentes en las propuestas didácticas atendemos la formación de la libertad. Para ello es conveniente presentar estrategias adecuadas a los intereses de los alumnos con posibilidades de opción. Es importante que cuando proponemos las actividades didácticas estén pensadas con la posibilidad de que los estudiantes puedan elegir lo que más le interesa o lo más adecuado para ellos. Presentar alternativas, desde el punto de vista didáctico, necesitan tener el mismo nivel de complejidad. Además, según las posibilidades de los estudiantes, también se puede trabajar estrategias que invitan a una acción de la libertad más profunda, invitándolos a realizar opiniones fundamentadas, juicios críticos, valoraciones, proyectos concretos, solución de problemas, puestas en situación, etc. Todas estas estrategias invitan a los alumnos a tomar decisiones, en forma teórica o concreta; lo importante es que puedan optar libremente y ser responsable de las consecuencias.

Desde la aplicación de la estrategia es valioso que el docente realice un trabajo didáctico para que cada estudiante pueda analizar y reflexionar las alternativas presentadas y elegir la que considere más adecuada³. Cuando se llega a este nivel de desarrollo, el paso siguiente está en analizar y elaborar argumentos sólidos de las elecciones tomadas.

Un aspecto indispensable para el desarrollo de la libertad en las aulas es la disposición que el docente debe generar. Lo más apropiado para el trabajo áulico es el diálogo, medio indispensable para la comunicación. Y para que este diálogo sea sincero y profundo es conveniente propiciar un clima democrático, que facilite a todos

2 Alguien competente es alguien que muestra pericia para hacer algo. Hace referencia a sus capacidades. *Competitivo* hace referencia a la persona que confronta con otra. Siempre involucra a una comparación (rivalidad) por algo que no está disponible.

3 Siempre, cuando una persona realiza una elección libre, pensada, reflexionada, están involucrados los valores a los que se adhiere.

expresar sus ideas como también escuchar a los demás. De este modo, se puede transitar un camino muy rico para la reflexión y el crecimiento personal.

En lo educativo y muy especialmente en los niños a quienes no les resulta sencillo encontrar sentido a todo lo que se le presenta en la vida, es muy conveniente hacerles referencia a los valores por medio de la formación de hábitos. Los valores pueden tratarse como conceptos y considerarlos intelectualmente; pero serán verdaderamente portadores de sentido en tanto, signifiquen algún aspecto del bien para la persona concreta.

Los valores como tales son objetivos que poseen en sí mismos una doble función: son el principio que mueve a la realización del sentido y son, a la vez, el medio para alcanzar el mismo, es decir, que a través de encarnarlos el hombre va descubriendo su sentido. (Taboada, 1994, p. 12)

Este ejercicio de trabajar desde la libertad interior de la persona, por medio de la reflexión, para movilizar un auténtico querer para abrazar un determinado valor, permite encontrar una finalidad a la vida y forjar un proyecto de vida. Por medio de la decisión de encarnar un valor se transita el camino de mejora, y además siempre con un sentido de futuro.

Trabajar educativamente en el ejercicio cada vez más pleno y responsable de la libertad personal es al mismo tiempo proponer un discernimiento concreto entre unos valores que cada persona debe jerarquizar, cada vez que se encuentra frente a la situación de una opción concreta. Y esta tarea íntima, quizá en muchas ocasiones casi inconsistente, de revisar la propia escala de valores, se enmarca, fundamentalmente, en el «sentido» que cada uno de ellos posee para él y en definitiva en el «sentido» que orienta su vida. Entonces, [...] para poder educar promoviendo el sentido de la vida, la libertad y la responsabilidad, resulta central una propuesta que esté orientada hacia el ser cada uno, más que ocuparse de la simple preocupación por el parecer. (Molino, 2010, p. 78)

A fin de cuentas, esta invitación consiste en conocer y profundizar el mundo interior de cada uno, partiendo de una decisión personal y libre.

El hombre es libre e inteligente y, por lo tanto, puede rechazar o aceptar el fin que su naturaleza le propone. Depende de él, del desarrollo de sus potencias como la inteligencia y la voluntad, como también su propia responsabilidad y de la rectitud de conciencia, el conducir sus actos en conformidad o no con su fin último. De acuerdo con estas ideas, se infiere que los actos humanos pueden ser simplemente buenos o

malos. El orden moral es justamente el que regula los actos humanos según su adecuación al fin.

Para que cada niño o adolescente encarne un valor es prioritario que lo quiera. Es decir, tomar conciencia de que ese valor es bueno lo ayudará a ser una persona más plena como también a concretar su proyecto de vida. Entonces, cuando un docente invita a sus estudiantes a encarnar un valor debe superar la simple repetición de un determinado acto. Es necesario un profundo trabajo interior de reflexión.

El mundo interior, tan inconmensurable de cada ser humano, tiene una llave para entrar a esta realidad y crecer adecuadamente. Nos referimos a *la reflexión*. «El reflexionar es una actividad espiritual y solamente el espíritu le permite al hombre efectuar el giro hacia lo que es» (Noro, 2005, p. 117). Al reflexionar el ser humano realiza dos acciones, se detiene y considera. Estas acciones invitan frenar nuestro ritmo habitual y pensar de una forma precisa de qué manera podemos entender esta realidad para tomar una decisión al respecto. Este proceso interior nos deja bucear en nosotros mismos y descubrir lo más profundo que existe en el ser. Solo así el hombre se hace dueño de sí mismo y transita un camino de libertad. Entendemos a la libertad como la capacidad de orientar y dar un sentido a la vida, para lograr la autorrealización. De este modo, la colocamos en un contexto metafísico más profundo que le posibilita al ser humano tomar decisiones, encarnar valores trascendentales y, por lo tanto, elaborar su propio proyecto de vida. La libertad supone la capacidad de transformarse respetando su naturaleza.

Toda reflexión además de una acción interior de pensar, analizar, examinar sobre algo, siempre nos involucra a cada uno a establecer un vínculo con un objeto de conocimiento, es decir, ¿qué me pasa con ese objeto (interior o no) que me mueve? Implica una demora sobre algo; es como una mirada nueva hacia atrás respetando el ritmo de cada uno. Así se suscita el pensamiento original y claro. Entonces, en primera instancia, el hombre quiere conocer un objeto. Incorporar la reflexión como práctica habitual supone que no se actúa por reflejo, dando respuestas automáticas frente a determinada situación, sino que puede procesar y analizar los datos de la realidad, antes de responder o actuar.

Además, toda reflexión invita a un compromiso, siempre después de este ejercicio interior conlleva una acción responsable o la decisión de no actuar. Queremos decir que toda persona luego de una reflexión toma una decisión. Realizar este proceso con convicción es el auténtico camino a la autoevaluación.

La reflexión es propia del individuo humano y alcanza grados de sutileza en cada una de las etapas de madurez. Alcanza alguna verdad y es causa de una alegría interior y

reposada; esta es la satisfacción imprescindible para continuar aprendiendo. (Muzzio, 2002, p. 37)

En síntesis, esta invitación abre la posibilidad de encontrar el verdadero sentido de la vida. El sentido de la vida lo podemos imaginar como un camino del que se originan muchos otros. Estos son las opciones libres que cada hombre debe tomar en su vida con acuerdo a los valores que adhiere para alcanzar su plenitud.

El encuentro con la comunidad

En el mundo griego Aristóteles ya había definido al hombre como un «animal social». Para asumir la verdadera dimensión de lo social es indispensable comprender la «sociabilidad» como una característica propia del hombre, que fundamenta la tendencia a vivir en sociedad.

La sociabilidad nos invita a una vida en comunidad y se caracteriza por ser «una acción recíproca directa o indirecta, que puede observarse en la comunicación mutua de muchos que tienen un mismo punto intencional de orientación. El amor de amistad, el cual no puede existir como amor unilateral, es un ejemplo de esta reciprocidad» (Caldarola, 2010, pp. 28-29). Entonces, la sociabilidad nos invita a un encuentro auténtico con el otro; a crear vínculos de reconocimiento, respeto, solidaridad y amistad. Como afirma el Cardenal Jorge Bergoglio, «la invitación a cultivar los lazos personales y sociales, revalorizando la amistad y la solidaridad» (2003, p. 91). Se establece imperiosamente la necesidad de un diálogo que enriquece y transforma. Podemos decir que un encuentro es una acción propia de los hombres que se inicia con los sentidos y llega al interior del mismo. Esta acción establece un diálogo. Dicho con otras palabras, el hombre está siempre llamado a un permanente dar y recibir. Esta mirada sobre la dimensión social natural del hombre supera otras posturas que entienden que los hombres viven en sociedad solo para satisfacer sus necesidades.

Esta invitación a un encuentro auténtico con el otro establece una notable diferencia entre lo social y lo colectivo, ya que lo colectivo se caracteriza por un agrupamiento puramente externo, en el que no hay una vinculación espiritual, vinculación que sí existe en lo social. Entonces, [...] la verdadera relación social solo será posible entre los seres que participan del orden espiritual, y que lo social no se agote en lo corpóreo ni se defina por las carencias en este orden físico-biológico. (Vázquez, 1979, p. 49)

Para profundizar el concepto de sociabilidad del hombre debo considerar su dimensión ética-moral⁴. Entonces, únicamente puede concretarse la sociabilidad cuando existe un verdadero bien común. Cada hombre sabe, por ser persona, que la necesidad de sustento no solo le incumbe al hombre, sino también a la comunidad. Por eso se puede hablar de prosperidad común. Lo mismo sucede con los valores culturales. Todo hombre desea la plena posesión de los valores culturales, pero también todos sabemos que la cultura es un bien común y como tal, ha de ser deseada y desarrollada conjuntamente con los demás como un valor común⁵.

En este sentido, la realidad social que asumimos en el siglo XXI, cada vez más compleja, nos crea la necesidad a todos, y especialmente a los docentes, de desenvolver nuevas capacidades para atender las crecientes demandas sociales. «Las comunidades modernas nos convierten en seres cada vez más dependientes unos de otros, lo que conlleva necesariamente a que la educación sea el principal vector de identificación, pertenencia y promoción social» (García Arieto, 2009, p. 50).

Para que el hombre pueda alcanzar una existencia plena con una pedagogía del encuentro que ayude a aprender a vivir juntos, en la familia, en la escuela y en la sociedad, exige un cambio de nuestra cultura en el ámbito de los comportamientos, suposiciones, formas culturales, prejuicios, creencias, actitudes, estereotipos, opiniones para que aprendamos a descubrir juntos el verdadero camino que nos lleve a vivir en común unidad y desplegar una cultura particular. «El mundo del hombre es el espacio histórico cultural donde el hombre, junto con los demás hombres intenta realizar su propia existencia» (Noro, 2005, p. 147).

El punto de partida para que el hombre aprenda a vivir en comunidad es la *comunicación*, indispensable para el desarrollo de toda persona. No solo porque puede comunicar sus ideas, sino también porque desarrolla el pensamiento. Toda persona tiene la capacidad de salir de sí misma, de preocuparse en realizar su existencia en interacción con los demás. Gracias a esta apertura podemos entender a los otros, comprender la realidad fuera de sí misma e intervenir en ella. Además, conduce a una vida en relación y diálogo que la destacamos como esencial en todo proceso educativo porque si bien optimiza todas las dimensiones de la persona, cuida particularmente la comunitaria. «En educación se debe atender meticulosamente la comunicación, importante sin duda, pero más importante aún es la comunicación personal que se establece entre educador y educando en la que hay una clara intencionalidad de influir» (García Arieto, 2009, p. 86).

4 Ciencia que trata del bien en general, y de las acciones humanas en orden a su bondad o malicia.

5 Destacamos como importante que todos los hombres debemos tomar conciencia de la riqueza que encierra la verdadera vida en comunidad para alcanzar el bien común y, por lo tanto, la plenitud personal.

Ante lo mencionado tiene un valor fundamental establecer un encuentro entre el alumno y el docente. Cuando hablamos del encuentro del docente con el estudiante en su nivel filosófico existencial, no debiera presentar ningún problema pedagógico especial. No hay una forma especial de encuentro pedagógico, sino tan solo encuentro humano simplemente. «Es decir que maestro y alumno, educador y educando han de encontrarse uno frente a otro en plena igualdad de derechos en su relación humana» (Molino, 2010, p. 88). Podemos sostener que la educación es la invitación a la participación en esta apertura al diálogo. A fin de cuentas, la educación está dentro del proceso de humanización, ya que la comunicación trasciende el dominio de la simple información transformando a los hombres en seres libres y autónomos.

De estos conceptos se desprende el principio de *educatividad*, que consiste en la capacidad que posee todo individuo para influir en otro, y transmitir conocimientos, destrezas, actitudes y valores. Este principio se funda en la apertura y la comunicación de interrelación que poseen todos los hombres con las demás personas, como también con toda la realidad. Sin esta capacidad sería imposible la educación. «Estamos ante un proceso dinámico en el que no solo se exige una comunicación objetiva, una transmisión de contenidos, sino también, y de modo especial, una comunicación subjetiva, en la que se transmite una forma de ser, de vivir» (García Arieto, 2009, p. 106). Esta comunicación se fundamenta en la sociabilidad de los hombres para ser cada vez más hombres en comunidad.

Para finalizar, el concepto de *socialización* hace referencia a la maduración que realiza una persona con el fin de adquirir hábitos, ideas, principios, conductas, indispensables para la integración en los distintos ámbitos de la sociedad en la que vive. Este concepto está más allá de la mera intención de la supervivencia, también desea transmitir la memoria histórica y cultural de una sociedad para que cada uno pueda asumir su propio lugar en el mundo. De este modo, los procesos de socialización buscan perpetuar la propia sociedad y su cultura.

Comunidad y cultura

Al mencionar a la educación como un encuentro con la comunidad, y después de hablar de la sociabilidad, se hace imperioso presentar el concepto de *cultura* desde nuestra postura. Sin duda, indagar la riqueza del concepto *cultura* implica partir del hombre como sujeto y objeto de aquella.

El término deriva del latín *colere*, que significa 'cultivar'. Inmediatamente surge la pregunta: ¿qué se puede cultivar? La respuesta es: todo «lo dado», la naturaleza,

mediante la intervención del hombre, el único ser capaz de generar cultura desde su propia naturaleza.

Para poder descubrir la esencia de la cultura, debemos partir de la observación del hombre como único ser cultural. Solo se puede comprender si se observa detenidamente la naturaleza humana en la cual se encuentra la realidad espiritual, con sus potencialidades fundamentales: inteligencia y voluntad, que le permiten realizar actos que lo lleven por el camino de lo perfectible, actos, además de útiles y prácticos, ordenados en esa relación con la verdad, el bien y lo bello. Estos actos, en la medida en que los hombres los realizan libremente y con intencionalidad, crean en la sociedad un perfil espiritual, pues el hombre no se desarrolla así mismo solo, sino con otros. Este crecimiento nos habla de un bien común, concepto importante a la hora de considerar qué identifica a quienes forman parte de una nación.

Entonces, la cultura es natural al hombre, no una imposición del medio. El contexto no se puede contraponer a la realidad propia del hombre. La dimensión social es el ámbito propio de la cultura, donde el hombre puede cultivarse y colaborar para que los demás hombres también se cultiven. Solo así el hombre vivirá en una verdadera comunidad al buscar la manera de alcanzar el bien común. Tener en cuenta estos aspectos facilitará a cada hombre desarrollarse íntegramente, tanto en lo personal como en comunidad y proporcionará el desarrollo de sus potencialidades para poder ordenarse, observando lo Absoluto.

En la realidad contemporánea se observa con facilidad el distanciamiento, cada vez más profundo entre el concepto de *cultura* y el de *naturaleza*. Ante esto, una clara y fuerte luz presenta el Concilio Vaticano II:

Solo la persona humana, y exclusivamente por la cultura, es decir, por el cultivo de los valores y de los bienes materiales, puede alcanzar su verdadera y plena humanidad. Por consiguiente, naturaleza y cultura están en íntima conexión. (*Gaudium et Spes*, N.º 53)

Todo encuentro con la cultura conlleva una participación que en los ámbitos educativos no se puede omitir si se aspira a una tarea que se respeta la naturaleza humana, estimulando la labor comunitaria y democrática.

La participación es uno de los principios que más auge ha tenido en las últimas décadas. Su demanda ha surgido, como es lógico, en entornos democráticos, aunque debe reconocerse que debe estar presente en toda propuesta educativa al contribuir a la capacidad de diálogo, de trabajo en equipo, de colaboración. (García Arieto, 2009, p. 57)

Para concluir sostenemos que la educación entendida mediante una invitación a estar con los otros con una verdadera dimensión humana es uno de los desafíos prácticos más concretos que enfrentan los sistemas educativos en la actualidad: escolaridad. «Por un lado, posee unos contenidos propios que hace al patrimonio cultural, pero además implica una puesta en práctica en la misma vida cotidiana» (Molino, 2010, p. 77). Si se realiza una verdadera invitación a una auténtica educación en y para la comunidad, el estudiante, desde un encuentro con uno mismo y con los demás, desarrollará sus potencias y elaborará su proyecto de vida, con sus pares buscando un fin común. Así, estamos frente a un indiscutible acto cultural.

El encuentro con el conocimiento

Cuando abordamos el primer encuentro invitamos a los educadores a realizar una reflexión sobre qué es la educación. En ese momento estimamos que era ineludible responder primero a otros interrogantes para arribar a un concepto profundo. Ahora, en esta tercera invitación, se hace imprescindible hacer el mismo planteo. Consideramos que antes de responder al cuestionamiento: ¿de qué manera nos relacionamos con el conocimiento?, debemos atender otro planteo: ¿qué es el conocimiento? Y reflexionar sobre el lugar que le otorgamos como profesionales de la educación para valorar nuestra tarea como mediadores del mismo.

Cuando abordamos las cuestiones antropológicas y su relación en el aula, con el conocimiento sucede lo mismo, siempre de una forma explícita o implícita se está adhiriendo a un concepto de *conocimiento*.

Cuando las propuestas áulicas se dirigen a que la inteligencia y a la voluntad de nuestros estudiantes se mueven en busca de la verdad y el bien de los objetos que se encuentran en la realidad, por medio de un proceso sensible y natural para descubrir la esencia (verdad) de ese objeto de conocimiento. Este procedimiento lo realiza cuando decide (quiere) conocer por medio de la acción libre de la voluntad. Entonces, comienza a actuar la capacidad de la inteligencia conjuntamente con la voluntad⁶. El encuentro sensible con los objetos de conocimiento que cada persona repite se fundamenta en el deseo de conocer la realidad y obtener información necesaria para sobrevivir y relacionarse con el medio y con sus pares.

La *realidad* la podemos definir como el lugar del encuentro entre el sujeto y un objeto. Por esto podemos afirmar que el conocimiento es una manera de relacionarse

⁶ Este planteo es un ejemplo más sobre la unidad de la persona humana que hemos mencionado con anterioridad.

con la realidad; «... toda la realidad es un espacio de posibilidades que, en tanto tal, conforma ámbitos diversos para ser activados por el propio sujeto» (Jara y García, 2009, p. 100). Contribución insoslayable para los educadores porque, al desarrollar sus propuestas áulicas desde lo singular, se observa un cuidadoso trabajo con material concreto que invita a pensar sobre los objetos de conocimiento. Desde este planteo es que los jóvenes realizan sus experiencias al conocer la realidad. Conocer⁷ consiste en saber que un enunciado es verdadero o falso.

Con este planteo no se puede evitar mencionar la relevancia del *asombro*. Todos sabemos que en reiteradas ocasiones nuestros estudiantes no están dispuestos a recibir de muy buen agrado nuestras propuestas didácticas, y es en ese momento cuando el docente necesita desplegar todo su profesionalismo⁸ para romper su indiferencia y despertar su interés por este material que se está presentando. El asombro es descolocar al joven y sacarlo de sus preocupaciones o su indiferencia para que se disponga a querer conocer algo que ignora y que, al ser presentado adecuadamente por el docente, le interesó. En las aulas esto se debería desarrollar en el primer momento de la clase para que toda la persona se ordene y se disponga a lo nuevo que lo asombró. Para nosotros los docentes, es esencial lograr que los estudiantes *quieran conocer* toda la verdad posible que brindar ese objeto. Lo importante consiste en que siempre los profesores debemos desarrollar la creatividad para captar toda la atención de la persona y, así, quiera internalizar lo que lo asombró. Todo este proceso es un acto de la voluntad libre que decide querer o no este material que ponemos frente al alumno.

Entonces, el hombre conoce no por una imposición, ni tampoco porque le presentemos un objeto al que el estudiante no le encuentra ningún sentido. Toda persona que conoce un objeto primero lo percibe (se asombra) y lo desea para descubrir su esencia. En este proceso de percepción⁹ comienza a formarse el conocimiento sensible indispensable para que la inteligencia abstraiga y alcance la mayor verdad posible del objeto que se desea conocer. El conocimiento se inicia cuando un hombre se acerca a un objeto de la realidad y advierte algo distinto de él mismo, algo que está más allá del sujeto que advierte. Para esta operación de advertir el hombre necesita de todas sus capacidades. De esta manera, se inicia un conocimiento sobre un objeto que siempre es sensible, es decir, la sensibilidad es la

7 Conocer indica un contacto consciente con el objeto conocido a través de la experiencia y de la percepción.

8 Destacamos del profesionalismo docente la capacidad de observar la realidad que desea mejorarla, y para lograrlo necesita analizarla, reflexionar y tomar las mejores decisiones con sólidos fundamentos.

9 La percepción es la captación sensible de la realidad, advertencia sensible e inmediata de algo singular y concreto.

capacidad de recibir el mundo como es. Este encuentro entre el objeto y el sujeto tiene una intencionalidad de sujeto hacia el objeto.

El acercamiento se da por la unión entre sujeto y objeto. No solo eso: ese sujeto de algún modo se acerca, se interna en la estructura de las cosas, lo que, lejos de eliminar la distancia, la diferencia entre sujeto y objeto, la hace más explícita en la medida en que el conocimiento es más profundo y más amplio. (Leocata, 1996, p. 30)

Después del primer encuentro con el conocimiento por medio del asombro y los sentidos, consideramos importante analizar la relación que se establece entre el sujeto que desea conocer y el objeto de conocimiento.

El sujeto y el objeto se constituyen siempre con antelación a su encuentro. Sujeto y objeto coinciden en un punto del espacio, pero no se configuran como tales en ese punto. Llegan a él conformados, hechos. Son, en sí, totalidades cuya integridad no depende del encuentro con el otro. [...] Entre sujeto y objeto la relación es combativa. El primero solo quiere arrebatarse al segundo su esencia; se empeña en arrancársela. Sabe que el objeto no se la entregará espontáneamente. Que el objeto yace retraído sobre sí; que le está vedada la espontaneidad. El sujeto sabe que no puede aspirar a la obtención de esa esencia mediante la gracia de la entrega voluntaria. Ambos están cerrados. El sujeto acosa al objeto. Lo acorrala, trata de encontrar el medio de penetrarlo. Busca un método, un camino. Emplea para hallarlo su inteligencia. Cuando, finalmente, la esencia de objeto queda al descubierto, algo ha perdido para siempre su interés. Un aspecto de la realidad ha dejado de ser problemático. (Molino, 2010, p. 47)

De este modo destacamos la importancia que posee la experiencia¹⁰ que cada persona realiza con un objeto que despertó el interés: «... la experiencia implica una novedad inesperada que nos choca y rompe nuestro anterior modo de pensar o de ver las cosas» (Molino, 2010, p. 67). Nos enriquecemos con una experiencia cuando no encontramos con algo que no es como lo habíamos pensado y surge un nuevo saber sobre el objeto y sobre nosotros mismos.

Educar desde la *experiencia* es asumir la capacidad propiamente humana de querer conocer la realidad. Los docentes tenemos que atender con mucho cuidado y profesionalismo esta manera de presentar los objetos desde los sentidos para acercar a los jóvenes a los objetos de conocimiento lo más adecuadamente posible. Este ámbito no solo tiene en cuenta cosas, seres vivos o personas, sino también incluye las coordenadas de espacio y tiempo, permitiendo encontrar entre los objetos los

¹⁰ La experiencia es una forma de conocimiento que surge dentro del encuentro natural del hombre con la realidad, con la que toma contacto inmediato.

principios de orden y causalidad de unos respecto a otros. Además, este ámbito tiene lugar para los valores y otros tipos de conceptualizaciones relacionadas con la interioridad de los hombres. A fin de cuentas, estamos diciendo que la experiencia es el encuentro con la realidad.

Los docentes que estamos comprometidos con el crecimiento de nuestros estudiantes destacamos como importante diferenciar, primero, en nuestra labor, en la cual desarrollamos la creatividad¹¹ que nos permite incorporar recursos didácticos y dinámicas adecuadamente. Y segundo, que toda esta riquísima tarea docente tiene como fin que el estudiante quiera conocer el nuevo objeto de conocimiento.

Nuestro trabajo procura que los alumnos sean asombrados por los objetos de conocimientos que se encuentran en la realidad y, que nosotros les presentamos para que cada uno de ellos, desde su interior, alcance una verdadera motivación para descubrir y querer lo realmente verdadero y bueno de cada objeto de conocimientos que le presentamos. Este proceso les permite a los estudiantes mover la inteligencia y voluntad para alcanzar las esencias de los objetos. Lo digno de destacar es que este proceso natural actualiza las capacidades y no reconoce objetos para memorizar sin sentido.

Creemos conveniente realizar una aclaración para que este encuentro con el conocimiento se pueda concretar. Es indispensable que todo lo que se le presente al alumno le encuentre un *sentido*. Es decir, lo que incorpore sea considerado como algo valioso para sus vidas. Y para que esto suceda es necesario atender dos cuestiones. La primera posee relación con la selección de contenidos. Tener muy en cuenta que el alumno necesita percibir el objeto de una manera clara y concreta para que lo asombre. Para esto es indispensable conocer a nuestros estudiantes. Lo segundo consiste en establecer la mayor cantidad de relaciones posibles entre el objeto nuevo que se presenta y los conceptos que ya posee, formando puentes cognitivos entre lo ya existente y lo nuevo. Sostenemos que, en la medida en que se presentan los conocimientos con sentido, el alumno transitará un camino que lo llevará a establecer juicios críticos fundamentados tratando de aproximarse cada vez más a la verdad y al bien; también comenzará a adquirir mayores niveles de autonomía para alcanzar una vida plena.

Lo importante es que este conocimiento particular sensible permite operar a la inteligencia y conocer toda la verdad que la persona puede alcanzar del objeto de estudio. Así es como se relaciona lo sensible con lo intelectual, conociendo los objetos que se desea. Dicho con otras palabras, es el momento en que la inteligencia actúa, conoce la esencia del objeto y forma un concepto. Esencialmente, estamos diciendo que conceptualizar es un proceso muy complejo y no una simple operación

11 Esta creatividad en infinidad de situaciones reemplaza ampliamente las carencias de recursos económicos. A veces, solamente la utilización del diario de ayer con una mirada distinta o simplemente presentar una situación problemática adecuada alcanza para que el estudiante quiera conocer.

automática. Este proceso es fundamental para las tareas con nuestros alumnos en las aulas. Y, por lo tanto, el conocimiento en las aulas nunca puede faltar.

Destacamos que todo este proceso de asombro, motivación, precepción y conceptualización no se puede llevar adelante en las clases cuando los docentes no lo experimentan personalmente como el camino para el encuentro con el conocimiento.

Cuando pretendemos adquirir un conocimiento más profundo que el experiencial, necesariamente, debemos realizar un esfuerzo disciplinado de un modo seguro y firme. Esto solo se puede lograr por medio *del conocimiento científico*. Es relevante mencionar que para iniciar este conocimiento profundo es indispensable adquirir un conocimiento sensible. La diferencia entre el conocimiento sensible y científico se encuentra en el camino que se transita, es decir, el método que se implementa. El saber científico se caracteriza por describir, por medio de la investigación, lo más exactamente posible las particularidades del objeto y explorarlo exhaustivamente con argumentos sólidos, realizando una crítica sobre el conocimiento adquirido.

Método significa 'camino para llegar a una meta'. Los conocimientos científicos se adquieren por medio de reglas y procedimientos. Asimismo, es sistemático porque fundamenta el saber ordenado lógicamente con procedimientos que responden a una estructura previa. Los métodos científicos se articulan sistemáticamente en las estructuras de las teorías científicas.

El conocimiento científico siempre avanza en búsqueda de la mayor verdad posible sobre un objeto. Ante esta afirmación es lógico que el conocimiento científico sea provisorio ya que la labor de los investigadores puede refutar lo que hasta ahora es aceptado, o también puede profundizar conociendo más y mejor el objeto.

Entonces, cuando existe el deseo de transitar en los ámbitos del saber científico es necesaria la utilización de un método propio según el objeto que se desea conocer. Si bien en los métodos de cada ciencia podemos observar que existen elementos compartidos, por ejemplo, la elaboración de una hipótesis, se hacen indispensables elementos muy específicos, como en el caso de la ciencia histórica, la interpretación de las fuentes históricas. Utilizar el método apropiado en cada ciencia de acuerdo con el objeto de estudio resulta imprescindible.

En el camino que transitan las ciencias se observa que el conocimiento humano es un proceso progresivo, se parte de lo más sensible a lo más complejo. En el campo de la investigación científica los expertos ahondan cada vez más un conocimiento complejo, valiéndose de una verdadera reflexión para realizar sus aportes.

Por otra parte, el conocimiento científico debe estar al servicio de todos los hombres. Este conocimiento exhaustivo debe proponer mejorar la vida de las

personas; el esfuerzo de los investigadores tiene el anhelo de contribuir al bien individual y comunitario.

El trabajo en las aulas es fundamentalmente experiencial, y busca el acercamiento de las personas a los objetos de estudio. En este establecer vínculos nuevos siempre se parte de lo sensible para que los estudiantes puedan alcanzar un saber inteligible. Los docentes debemos tener en cuenta que nosotros acercamos el conocimiento a los alumnos. Nuestra actualización profesional nos aproxima a las producciones de los investigadores científicos. Lo mismo sucede con un médico que aplica todos los adelantos científicos en el consultorio con sus pacientes.

Un buen camino para implementar estrategias didácticas descubriendo la riqueza que brindan los métodos científicos podría ser por medio de invitaciones a ocupar por un momento el rol de un *detective* con la intención de dilucidar una pesquisa. Idea muy leída en la bibliografía especializada, pero no se observa tanto en las aulas. Con esta propuesta los estudiantes parten de una incógnita que deben descubrir, estableciendo una posible solución, y, además, tendrán que establecer un recorrido que realizarán para esclarecerla.

Al introducir a los estudiantes en la implementación del método científico en las clases, se busca, por un lado, dejar atrás las enseñanzas sobre una verdad acabada o una serie de datos y valoraciones que deben aprenderse de memoria y, por otro lado, se atiende la coherencia interna de cada ciencia, ofreciendo elementos para acercarlos al conocimiento científico. Es más significativo para los estudiantes iniciarse en el camino de la indagación para que puedan elaborar sus propios conocimientos, que solo recordar información a la que no le van a otorgar significado. «Es más interesante que los alumnos comprendan cómo podemos conseguir saber lo que pasó y cómo lo explicamos que la propia explicación de un hecho o período concreto del pasado» (Prats y Santacana, 1998, p. 155).

Negar a los escolares conocer los procesos de elaboración del conocimiento científico responde a una enseñanza doctrinaria, rígida, que se resuelve en la reproducción de la información. Todo proceso educativo que esconde la manera en que se adquiere la información y cómo se produce el saber solamente logra un cuerpo de conocimientos que puede caer en relatos superficiales, sin sustento científico.

Todos los maestros compartimos la idea de que siempre existen vínculos estrechos entre los docentes y el conocimiento científico. Si bien esta afirmación es relevante, nos surge la pregunta: ¿de qué manera los educadores nos relacionamos con el conocimiento científico? Los educadores realizamos nuestras tareas en las aulas con el fin que los estudiantes descubran contenidos para la actualización de sus capacidades. De este modo entendemos que todos los *contenidos curriculares son considerados medios* indispensables para el desarrollo de los estudiantes.

Los docentes desempeñamos un rol destacado como verdaderos profesionales porque tenemos saberes específicos de la pedagogía y la didáctica que nos permiten reflexionar sobre la realidad de nuestros alumnos para tomar las decisiones necesarias con la intención de ayudarlos a crecer. Este ejercicio muestra una clara relación entre la teoría y las prácticas, es decir, entre sus conocimientos y las adecuaciones didácticas concretas.

Al saber docente lo podemos comparar con una moneda. En una cara encontramos el saber científico que se desenvolverán en las clases. En la otra cara se ubica otro conocimiento científico, el saber didáctico, indispensable para adecuar los contenidos curriculares a la realidad concreta de los alumnos.

Entonces, estas dos caras de una misma moneda sintetizan el saber profesional de todo docente. Ambas caras se fundamentan en el conocimiento científico, tanto para el conocimiento de las ciencias sociales (en mi caso) como todo lo concerniente a lo pedagógico-didáctico. Cabe aclarar que la toma de decisiones que lleva adelante un educador para desarrollar sus clases parte de la base de un marco teórico que es el resultado de construcción personal del conocimiento y de su marco valorativo. Se subraya como significativo el vínculo personal que todos los educadores establecemos con el conocimiento, y la necesidad de reflexionar sobre los saberes científicos que poseemos, de qué manera los adquirimos, los cambios que nos produjeron y los caminos que elegimos para transmitirlos a nuestros alumnos. Este es un ejercicio permanente.

A su vez, estos saberes provienen de diferentes fuentes y se adquieren a través del tiempo mediante un proceso en el que convergen factores de orden biográfico, social y cultural. De manera análoga a la que sucede con la relación entre docente y el saber que enseña, la propia historia personal, familiar, escolar y social proporciona al sujeto un núcleo de certezas a partir de las cuales percibe la realidad y comprende las nuevas situaciones (Tardif, 2004). Para él, los saberes que se movilizan en la tarea docente no poseen unidad desde el punto de vista epistemológico; por el contrario, la pluralidad y la heterogeneidad son rasgos que los distinguen. Esta heterogeneidad está ligada, en parte, a las distintas fuentes sociales de adquisición y a los distintos modos en que se integran en su práctica cotidiana. (Camillioni, 2009, p. 152)

Por otra parte, es conveniente comprender que todo conocimiento que recibimos está elaborado y presentado desde un lugar, es decir, el conocimiento siempre responde a una tendencia. Si se entiende por *tendencia* la inclinación de un grupo de hombres reunidos por determinados fines sostenidos con ciertos principios, se advierte que existen muchas tendencias con respecto a la forma de relacionarse con el

conocimiento. Un ejemplo de estas tendencias se puede observar en la historiografía¹² argentina. En ella se encuentran, entre varias posiciones, dos que centraron los grandes debates de nuestra historia. Por un lado, localizamos la vertiente liberal concebida desde las ideas europeizantes con un marcado centralismo político. Y, por otro lado, hallamos la postura que respeta la tradición del campo fuertemente arraigada en el interior con firmes ideas federales.

Las *tendencias epistemológicas* tienen incidencia en todo el quehacer de los hombres, por lo tanto, es primordial descubrir dichas posturas en todo el material al que se tiene acceso: libros, artículos especializados, diarios, revistas, medios de comunicación; también se deben analizar los mensajes que nos brindaron nuestros docentes y toda persona que influyó o influye en nuestras vidas. De esta manera, cada uno de los docentes formamos nuestros conocimientos personales, también llamado «saber docente», que a fin de cuentas es fruto de nuestras experiencias personales. El saber docente se constituye por esquemas de conocimientos que incluyen creencias, valores y las teorías personales.

Entonces, es fundamental que todo educador analice y reflexione sobre su propia adquisición del conocimiento, superando errores o contradicciones, como también fundamentando verdades. Como se indicó anteriormente, toda persona que está en contacto con el conocimiento *no puede recibirlo de manera cándida*, es decir, debe saber desde qué postura o tendencia lo hace para comprender que los conocimientos se adquieren desde una determinada postura.

Los maestros que trabajamos profesionalmente sentimos la obligación de conocer los fundamentos epistemológicos de los conocimientos científicos que tiene en cuenta para sus transposiciones didácticas, logrando una propuesta didáctica coherente.

La síntesis que elabora el docente debe llevarse a cabo a través de una honda reflexión del campo científico que ayuda a sostener la coherencia en las propuestas. De modo que además de fundamentar su postura, facilita la apertura a otras tendencias para un enriquecimiento por medio de un diálogo profundo.

El conocimiento personal y experiencial del profesor no desconoce el pensamiento pedagógico elaborado, sino que se reconstruye sobre la base del mismo; es integrado a los esquemas de pensamiento del profesor constituyendo una síntesis nueva de conocimiento. (Macchiarola, 2006, p. 11)

12 La Real Academia Española define el término *historiografía* como 'el estudio bibliográfico y crítico de los escritos sobre historia y sus fuentes, y de los autores que han tratado de estas materias'.

Conclusión

Para profundizar las reflexiones y las acciones que debe llevar adelante un educador con una mirada sobre una «pedagogía del encuentro», se necesita que asuma su quehacer desde una invitación a una persona libre para que esta puede aceptar o no nuestra propuesta, por más cuidada y adecuada que sea dicha invitación.

Desde nuestra postura y frente a la reflexión realizada, sostenemos que para atender en profundidad la riqueza que brinda el concepto de *educación* es indispensable observar primero dos cuestiones esenciales para superar todo planteo superficial. En primer lugar, la dimensión antropológica, es decir, ¿qué es el hombre? En todo proceso educativo siempre está involucrado un concepto de *hombre*. Determinar cuál es la postura de hombre a la que se adhiere resulta imperioso para que todo el proceso formativo tenga importantes niveles de coherencia. Especificar esta dimensión hacia el conocimiento de uno mismo y lo concerniente a la realidad social de cada educando colabora sustancialmente en la elaboración de adecuadas transposiciones didácticas.

La segunda cuestión atiende a la dimensión epistemológica: ¿qué es el conocimiento? Desde este interrogante se desprenden nuevas preguntas, por ejemplo: ¿cuál es la importancia que se le otorga a la experiencia y a la ciencia?, o ¿de qué manera el conocimiento se presenta en las aulas? Si bien todo conocimiento en educación se comprende como un medio infaltable para el desarrollo de las potencias del hombre, consideramos muy valioso especificar el objeto de conocimiento y el lugar que ocupa en todo proceso educativo. Definir esta dimensión invita a cada educador a reflexionar sobre su propio encuentro con los objetos de conocimiento y descubrir la transformación que provocan cuando los abrazamos con un auténtico deseo de mejora.

Estas preguntas previas antes de cualquier análisis sobre la educación solo manifiestan la verdadera complejidad de toda pedagogía que invita a un encuentro para que el hombre pueda crecer libremente dentro de la cultura en que está identificada su comunidad.

Bibliografía

- Barcia, P. (1997). Educación y cambio. En *Cuestiones educativas* (pp. 9-12). Magisterio del Río de la Plata.
- Caldarola, G. (2010). *Didáctica de las Ciencias Sociales. ¿Cómo enseñar? ¿Cómo aprender?* (3.ª edición). Editorial Bonun.

- Caldarola, G. (2004, junio). Sociabilidad: Una riqueza guardada en todos los hombres. *Consudec* N.º 981, 4.º, pp. 28-29.
- Caldarola, G. (2004, julio). El proceso de Percepción: Una herramienta para el trabajo áulico. *Consudec* N.º 982.
- Camillioni, A. (2009). *El saber didáctico*. Editorial Paidós.
- Concilio Vaticano II. (1966). Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual. *Gadium Spes*. Ediciones Paulinas.
- Díaz, E. (2010). *Metodología de las Ciencias Sociales* (4.ª edición). Editorial Biblios.
- Equipo episcopal de Educación Católica. (1985). *Educación y proyecto de vida*.
- Equipo Inspectoral de Formación Docente Salesiano. (1995). *El Hombre y la educación hoy*. Ediciones Don Bosco Argentina.
- Francisco I (2020). Videomensaje del Santo Padre con ocasión del encuentro promovido y organizado por la Congregación para la Educación Católica: *Global Compact on Education. Together to Look Beyond* [Aula Magna de la Pontificia Universidad Lateranense, jueves, 15 de octubre de 2020].
- García Aretio, L. (2009). *Claves para la educación. Actores, agentes y escenarios en la sociedad actual*. Editorial Narcea S. A.
- García Hoz, V. (1987). *Pedagogía visible y educación invisible*. Ediciones Rialp.
- Jara, M. y García, N. (2009). Formar para enseñar Ciencias Sociales: ¿Un nuevo objeto didáctico para una nueva formación?. *Revista Clío & Asociados*. N.º 13.
- Leocata, F. (1996). *El conocimiento y la educación hoy. Líneas para un plan de formación docente*. Ediciones Don Bosco Argentina.
- López Quintás, A. (1996). *Cómo lograr una formación integral. El modo óptimo de realizar la función tutorial*. Editorial San Pablo.
- Macchiarola, V. (2006). *El conocimiento de los profesores universitarios. ¿De qué tipo de conocimiento estamos hablando?* Universidad Nacional de Río Cuarto. Sec. Académica. Área de Vinculación.
- Martínez, P. M. (2024). *Meditaciones pedagógicas: un murmullo en las márgenes*. R y C Editora.
- Molino, E. (2010). *El diálogo como actitud pedagógica. Una reflexión filosófica sobre la educación a partir de la antropología de Martín Buber*. Editorial Paulinas. Buenos Aires.
- Muzzio, N. (2002). *El sentido de la enseñanza. ¿Para qué enseñamos?* Editorial Castelar.
- Noro, J. (2005). *Pensar para educar Filosofía y Educación*. Ediciones Didascalía.
- Pontificio Consejo de Justicia y Paz. (2005). *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*. Conferencia Episcopal Argentina. Oficina del Libro.
- Prats, J. y Santacana, J. (1998). Ciencias Sociales. Enseñar Historia y Geografía. Principios básicos. En *Enciclopedia general de la Educación*. Océano Grupo Editorial.
- Del Pozo Andrés, M. del M.; Álvarez Castillo, J. L.; Luengo Navas, J.; y Otero Urtza, E. (2004). *Teorías e instituciones contemporáneas de educación*. Biblioteca Nueva.

Taboada, A. (1994, noviembre). ¿Educación en el sentido o sentido en la educación? Logo teoría, terapia, actitud. *Revista de la Asociación Argentina de Logoterapia Víctor Frankl* N.º 19.

Vázquez, S. M. (1979). *Teorías contemporáneas del aprendizaje*. Ediciones CIAFIC.